

LA INVESTIGACIÓN TANATOLÓGICA-FORENSE EN EL SIGLO XIX



Por Dr. Oscar Ignacio Lossetti

Desde hace más de 25 años en la práctica de la medicina legal, me resulta sorprendente ver en la actualidad la notable afición que despiertan los programas reveladores del trabajo forense, donde la investigación de un hecho criminal trágico es la línea argumental de series televisivas.

Quizás la estadounidense CSI (Crime Scene Investigation) lleve la delantera en el gusto de la teleaudiencia. En una programación, en la cual no abunda la oferta de ciclos que sostengan títulos y contenidos relacionados con temas científicos, estas series, justamente por el género de ficción que representan, tienen la peculiaridad de tener contenidos con una elevada dosis de rigor científico. Aunque cabe señalar que, la seriedad médico-legal que como profesional les podría exigir críticamente desde una estricta perspectiva de especialista, queda naturalmente relegada por los objetivos de entretenimiento.

Como médico forense, la forma de resolución de casos bastante complejos tal como se describen en el ciclo televisivo, me es tan difícil de aceptar como deseable que así fuera. Resulta lógico admitir que no son programas de divulgación de ciencias

forenses; sin embargo, sin quererlo, ofrecen difusión de conocimientos y técnicas habituales para dicho ámbito. Lo que debe encender una luz de alerta, no es esa difusión, sino los resultados siempre positivos que ellos logran en la serie.

Esa situación ideal, ficticiamente creada con propósitos de conveniencia argumental, queda bastante lejos de la realidad de la práctica pericial cotidiana. Hasta podría ser peligroso que se la tome como algo infalible: pueden crearse falsas expectativas en personas no ilustradas o no debidamente informadas en estas disciplinas, llevando a exigir a la Justicia resultados que no se condicen con la real investigación criminal situada en el contexto de caso, con sus circunstancias de tiempo, modo y lugar.

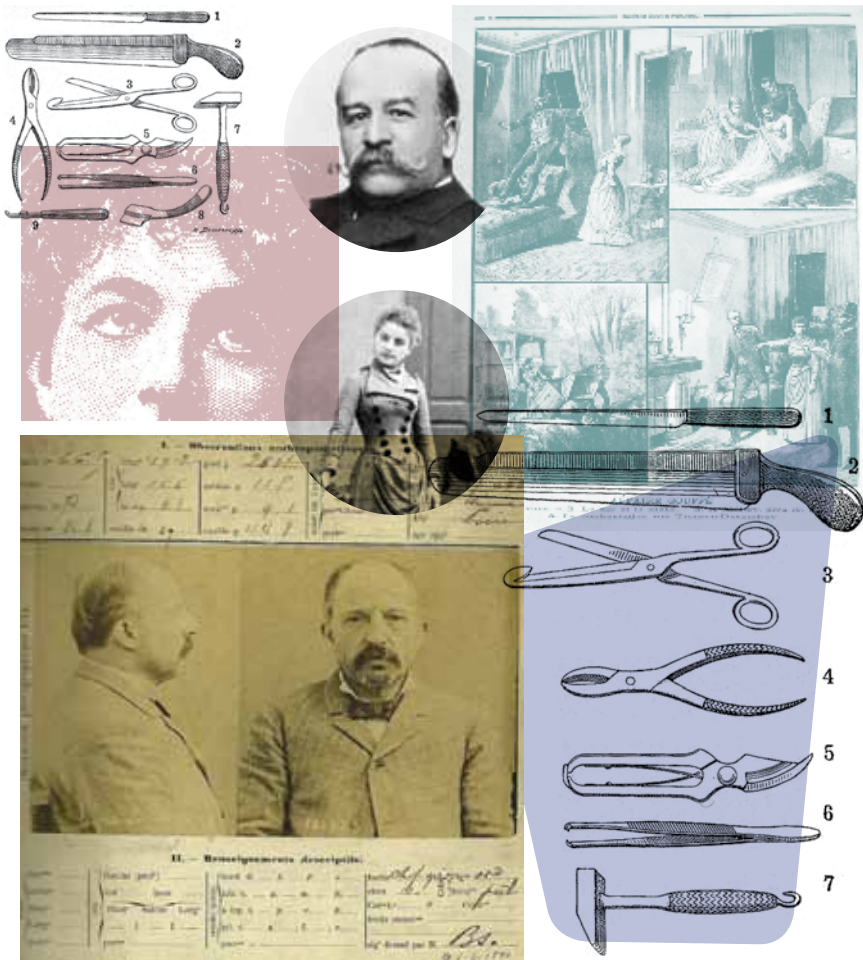
El caso Toussaint Augusten Gouffé

El tema es complejo. Lo he utilizado de forma introductoria para este artículo de relato histórico: la presentación en pleno siglo XXI, de la investigación criminal de un hecho real de fines del siglo XIX en Europa. Un hito de la medicina legal francesa, un caso que, de haber sucedido en nuestros días, hubiera significado innumerables horas de cobertura mediática.

El caso: El señor Toussaint Augusten Gouffé era un próspero y rico ejecu-

tor jurídico con oficinas en la distinguida Rue Mont-Martre en París con un gusto especial por las prostitutas. En esa época, era costumbre que los clientes establecieran ciertos vínculos afectivos con alguna de ellas, y éstas se enteraran de sus confesiones. La señorita Gabrielle Bompard era una de sus preferidas y sabía muchas de sus cosas; una de ellas era que buena parte de su riqueza estaba en la caja de caudales de su oficina del centro parisino. En una cita en el apartamento de Bompard, la noche del 26 de julio de 1889, ella lo esperaba con su amante y cómplice, Michel Eyraud, quien, en el dormitorio, colocó un anillo de hierro a la altura del techo, pasando un cordón grueso y fuerte a través del mismo y deslizándolo por sobre un barral de un cortinado, que escondía el dispositivo criminal. Lograda la cita, Bompard empezó a coquetear con Gouffé, y como juego, colocó el anillo en su cuello. Pasó los extremos del cordón para Eyraud oculto tras el cortinado, y éste, tiró con todas sus fuerzas; Gouffé fue violentamente elevado y suspendido por el cuello, y murió ahorcado antes de que pudiera reaccionar. El móvil fue apoderarse de las llaves de la caja de caudales, con fines de robo de su dinero, materializado posteriormente.

Tenían que deshacerse del cuerpo, y rápido. Ambos, ataron el cuerpo desnudo



en un saco de lona, lo colocaron en un baúl, y compraron boletos para el tren de la mañana siguiente a la ciudad de Lyon, despachando el baúl como equipaje. Una vez en Lyon, pasaron una noche en una casa de huéspedes, y luego alquilaron un carruaje para viajar al campo. Cabalgaron unos 20 km al sur de la ciudad, sacaron el cuerpo del baúl y lo arrojaron desde una colina empinada que conduce al río Ródano. Eyraud rompió posteriormente el baúl con un martillo y dejó los pedazos en el bosque del lugar.

Era un verano agobiante. El 27 de julio, Landry, el cuñado de Gouffé, informó a la policía de su desaparición. En principio, la Policía no le prestó demasiada atención; después de todo, se estaba desarrollando la Exposición Universal de París, con mucha gente con idas y venidas no programadas en la ciudad. Pasados tres días sin la reaparición de Gouffé, tomaron el caso en serio y notificaron a Marie-François Goron,

director de renombre de la Sûreté de París, la unidad de investigación de la ciudad. Pasaron más de dos semanas sin noticia alguna.

El 14 de agosto, a orillas del río Ródano, en la pequeña localidad de Millery, aproximadamente 480 km al sureste de París, apareció el cadáver de un hombre desnudo envuelto en una lona y atado con un cordel de 7,5 metros. Enviado a la Morgue de Lyon, el Dr. Paul Bernard efectuó la autopsia. Era un cuerpo en avanzado estado de putrefacción, pero se observaba una impronta en la cara anterior del cuello, y permitía determinar fracturas de estructuras laríngeas, por lo que el médico forense concluyó que la muerte había sido por estrangulación manual. El desconocido sujeto era de sexo masculino, calculó la edad entre 35 y 40 años (Gouffé tenía 49), medía 170 cm de talla (mientras que el desaparecido 178 cm), y conservaba bastante cabello y barba negros (los de Gouffé eran de

color castaño). Es cierto que el cadáver tenía una buena dentadura (en la época, propio de gente de buen pasar económico) y le faltaba solamente el primer molar superior derecho (igual que Gouffé), pero eso era todo.

Goron se enteró por los periódicos del hallazgo del cadáver en la localidad suresa. Hechas las averiguaciones oficiales, envió al cuñado de Gouffé, a identificar el cadáver. El reconocimiento fue negativo por el deterioro del cuerpo por la putrefacción, y además, los cabellos y barba negros “como el betún” del cadáver, según dijo Landry. Goron, además telegrafió una descripción de Gouffé a la oficina del médico forense en Lyon, pero los elementos anatómicos no parecían coincidir demasiado. Con el reconocimiento negativo y las discordancias antropométricas, el caso fue cerrado. El cuerpo fue inhumado como perteneciente a un mendigo anónimo.

Como suele suceder, pasó el tiempo, y el caso Gouffé fue olvidado por la opinión pública. Unos tres meses después, en Lyon, un campesino que buscaba caracoles a orillas del Ródano, encontró un baúl de madera a medio destrozarse que desprendía “un fuerte olor pútrido, como de cadáver”, con restos “algo podridos” en su interior. Investigado por la Policía, se comprobó que sobre la tapa del baúl habían quedado indemnes dos etiquetas de los Ferrocarriles Franceses con la inscripción “Facturación 1231 – 27/7/1889” y “Expreso 3 – París – Destino: Lyon”. Goron, por su parte, sabía que la última vez que Gouffé había sido visto con vida en París, fue el 26 de julio en la Brasserie Gutenberg en compañía de un estafador llamado Michel Eyraud y su pareja, Gabrielle Bompard. También conocía que la pareja salió de París el día después que Gouffé desapareció. Como veterano investigador, sintió un convencimiento íntimo: para él, el cadáver hallado en Millery era de Gouffé, pese a que los datos del forense no concordaban, y el reconocimiento negativo por parte del cuñado. ¡Cuán útil y sim-

ple le hubiera sido a Goron disponer de las técnicas de identificación por polimorfismos de ADN! Goron corroboró la autenticidad de la etiqueta de envío del baúl hallado con los registros de archivos postales del ferrocarril. Estos registros tenían un peso de 105 kg, casi el peso combinado de un hombre adulto y un baúl de madera gruesa.

Una autopsia no puede hacerse dos veces

Goron dispuso que el cadáver del desconocido fuera exhumado y sometido a un nuevo análisis. La tarea recayó en el catedrático de medicina legal de la Universidad de Lyon Alphonse Lacassagne (1843-1924), posteriormente reconocido como maestro de la medicina legal francesa.

Lacassagne gustaba usar aforismos en la enseñanza. Una de las favoritas era: "Una autopsia no puede ser hecha de nuevo", haciendo hincapié en la necesidad de cuidado y precisión. Lacassagne supo que el Dr. Paul Bernard había examinado el cerebro, como se recomienda, pero había roto la parte superior de la cabeza con un martillo, no con una sierra, como él habría procedido para eliminar cualquier posibilidad de no detectar un traumatismo craneal. Además, había abierto el pecho con un escoplo, según lo prescrito, pero destruyó, sin quererlo, el esternón, lo que hizo imposible ver si se había producido alguna lesión en el tórax. Muchos órganos se habían eliminado luego de ser estudiados, y los huesos estaban fuera de lugar. No importó. El maestro trabajaría con los materiales que tenía. En el aula de anatomía de la Facultad de Medicina de Lyon, Lacassagne comenzó el estudio necrópsico a las 4 de la tarde del 12 de noviembre de 1889 y finalizó 11 días después. Comprobó que los tres meses transcurridos desde la primera autopsia, sólo había dejado reconocibles a los huesos con restos putrefactos de partes

blandas, y restos de cabellos y de barba. Lacassagne comenzó por determinar la estatura con la mayor exactitud posible. Para eso, descartó la práctica habitual de la época de medir el cadáver y agregar 4 centímetros para explicar la pérdida de tejido conectivo y optó por utilizar las técnicas de reciente desarrollo de la antropometría. Su cuñado y alumno, el Dr. Etienne Rollet, había diseñado tablas antropométricas por las que calculaba la estatura de un cadáver con bastante fidelidad con la medición de los huesos largos. Hoy prácticamente en desuso, las

Gabrielle Bompard

Bompard empezó a coquetear con Gouffé, y como juego, colocó el anillo en su cuello. Pasó los extremos del cordón para Eyraud oculto tras el cortinado, y éste, tiró con todas sus fuerzas; Gouffé fue violentamente elevado y suspendido por el cuello, y murió ahorcado antes de que pudiera reaccionar.

Michel Eyraud

Tablas de Rollet se utilizaron mucho tiempo en antropología forense. Estimó un promedio de estatura entre 176,5 y 178,5 cm. La estimación de Bernard había sido de 170 cm.

Como la familia de Gouffé no estaba segura acerca de su altura exacta, Lacassagne obtuvo a través de Goron su estatura al ingresar al servicio militar de los archivos del Ejército Francés. La respuesta: en 1860 Gouffé medía 1.78 metros, y una leve renguera como seña particular. Goron confirmó con el sastre de Gouffé: 1.78 metros en 1885. El primer obstáculo de la talla discordante había sido superado. Lacassagne también estimó el peso de la víctima en alrededor de 80 kg.

A raíz del nuevo dato de la renguera de Gouffé, Lacassagne investigó también

la presencia de particularidades en los huesos que denotaran alguna seña útil con fines identificatorios, y descubrió que existían diferencias entre los de los miembros inferiores. En la rótula derecha había una deformación, y en el calcáneo y astrágalo derechos, secuelas de una inflamación antigua. Solicitó colaboración al Dr. Gabriel Mondan, jefe de cirugía en la clínica de Ollier en Lyon. Pesó los huesos del tarso izquierdo: 65 gramos, y los del tarso derecho: 55 gramos. Además, consignó una diferencia ponderal de 39 gramos a favor de los huesos de pierna y muslo izquierdos. Por otra parte, algo más llamó su atención en el tobillo derecho. A diferencia de las superficies limpias y pulidas de la articulación izquierda sana, las de los huesos derechos tenían signos de una antigua lesión que no había curado correctamente. Los huesos del tobillo derecho no se presentaron normalmente a la reconstrucción articular manual. Lacassagne observó también que el extremo del hueso metatarsiano y la falange del primer dedo del pie derecho tenían una deformidad secular de gota.

Con esos elementos, Goron en París reunió nueva información sobre Gouffé. Su padre recordó que cuando niño, su hijo se fracturó el tobillo derecho, arrastrando esa pierna un poco al caminar. Su zapatero testificó que hizo el zapato derecho con un talón especial más alto para su tobillo y puntera de cuero blando para acomodar el dedo gordo gotoso. Su médico, Dr. Roland Hervieux de París, atestiguó que en 1885, lo trató de una inflamación crónica de la rodilla derecha. En 1887, vio a su paciente por un caso severo de gota en el dedo gordo de su pie derecho y declaró que había sufrido una recaída en 1888.

Lacassagne continuó con sus estudios a fin de estimar la edad. Las uniones de los huesos del cráneo habría sido un elemento a considerar, si no hubieran sido inutilizados por los golpes de martillo



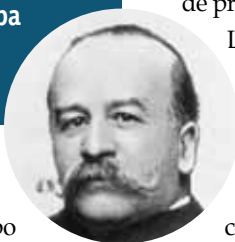
de la autopsia de Bernard. Entonces, dirigió su atención a la pelvis. Examinó las uniones sacro-iliacas, la estructura de los estrechos pelvianos, las uniones entre las vértebras fusionadas del coxis. Luego examinó las mandíbulas y los dientes de la víctima. En aquellos días no existía la odontología forense. Confirmó la ausencia del primer molar superior derecho, lo que coincidía con la dentadura de Gouffé. Los dientes estaban en buenas condiciones, pero había una pérdida de hueso alrededor de los alveolos dentarios. Este es normalmente bien definido y nítido en los jóvenes, pero aquí se notaba reabsorción. Sumado a la topografía del agujero mentoniano, y a las observaciones de la pelvis, concluyó que estos cambios caracterizaban la edad de una persona entre 45 y 55 años; no entre 35 y 40, como Bernard había determinado. En cuanto a las lesiones de la laringe (órgano osteo-cartilaginoso que resiste algo más la putrefacción que las vísceras), Lacassagne consideró en su estudio que la localización y forma de las mismas se relacionaban más con una ahorcadura por suspensión brusca que una estrangulación manual como había señalado Bernard. Confirmó la asfixia por compresión cervical como causa de muerte, pero con un mecanismo distinto. Surgió otro dato de relevancia forense. Para finalizar, Lacassagne le proporcionó al incansable Goron una última y fundamental prueba: el color de los cabellos y barba. Los registros militares, la familia y el peluquero de Gouffé señalaban su color castaño, mientras que el cadáver, recordemos, los tenía “negros como el betún”. Goron le mandó a Lyon por correo a Lacassagne, el cepillo de cabello de Gouffé secuestrado en su casa con suficiente material para compararlo con el del cadáver. Sometió los cabellos del cadáver hallado a varias operaciones de lavado, lo que bastó para que recuperaran el color castaño natural. Para asegurar científicamente que ninguno de los cabellos había sido teñido en vida,

mandó a analizar con medios químicos ambas muestras. El Dr. Hugo Umenq, profesor de Química de la Universidad de Lyon, buscó en los cabellos restos de las sustancias usadas generalmente para la fabricación de tinturas de la época: cobre, mercurio, plomo, bismuto y plata. Todos los análisis arrojaron resultado negativo, por lo que los cabellos tenían su color original. Más aún, observados al microscopio, el grosor de la corteza y la médula tenían una coincidencia absoluta: todas las muestras medían aproximadamente 0,13 mm de diámetro y pertenecían a la misma persona.

La última prueba de certeza se había logrado. Era el 23 de noviembre de 1889.

Utilizando su saber y las herramientas de las ciencias forenses, Lacassagne permitió administrar justicia. Los tribunales franceses aceptaron una pericia médico-legal como prueba de identificación.

Alphonse Lacassagne



“Ahora podemos concluir una identidad positiva”, informó Lacassagne. “El cuerpo que se encontró en Millery, es el cadáver de Monsieur Gouffé.” Afirman que se presentó a Goron y le dijo, al entregarle el informe forense completo y las pruebas: “Recibí un desconocido, le devuelvo al señor Gouffé”.

Quien más sabe, más duda

Para finalizar, Lacassagne –que enseñó que “hay que saber para dudar; quién más sabe, más duda”– requirió una nueva investigación policial. Le solicitó a Goron que trabajara sobre el baúl. Averiguaciones por medio, identificó el baúl en cuestión como procedente de un fabricante de Euston Road, en Londres. Viajó a la capital inglesa y obtuvo un recibo que mostró que el baúl se había adquirido en ese comercio un

par de semanas antes del crimen, por un francés llamado Michel Eyraud. Goron, rápidamente envió boletines con las descripciones de Eyraud y Bompard a las oficinas del gobierno francés de territorio y ultramar. Envío agentes a América del Norte, que siguió a la pareja a Nueva York, Quebec, Vancouver y San Francisco. Finalmente, en mayo de 1890, un francés residente en La Habana reconoció a Eyraud y alertó a la policía cubana; fue detenido y llevado a Francia. Bompard se había quedado en Vancouver, donde convivía con otra pareja, quien la convenció para entregarse, y fue devuelta a Francia semanas después de Eyraud. Éste, abrumado por las pruebas confesó el hecho: la planificación, la muerte por el dispositivo pergeñado y el destino posterior del cadáver.

Después de un juicio público multitudinario, Eyraud fue enviado a la guillotina y Bompard fue condenada a 20 años de prisión.

Lacassagne, utilizando su saber y las herramientas de las ciencias forenses, permitió administrar justicia a la víctima. “No fue un milagro”, dijo su conocido discípulo Edmond Locard, “porque la ciencia moderna es contraria a los milagros”. Sin embargo, como pesquisa forense y notable deducción, fue una obra maestra, la más sorprendente, creo yo, que nunca se había hecho en la criminología francesa. Los tribunales franceses habían aceptado una pericia médico-legal como prueba jurídica de identificación.

Queda para el lector, en caso de disfrutar las series televisivas forenses y su impactante tecnología al servicio de esclarecer un hecho criminal, invitarlo a una reflexión recordando el mismo trabajo en el pasado y con los recursos de la época. El saber científico y la tecnología avanzan inexorablemente; pero el trabajo de investigación, el razonamiento y la voluntad humana permanecen inalterables en el correr del tiempo.